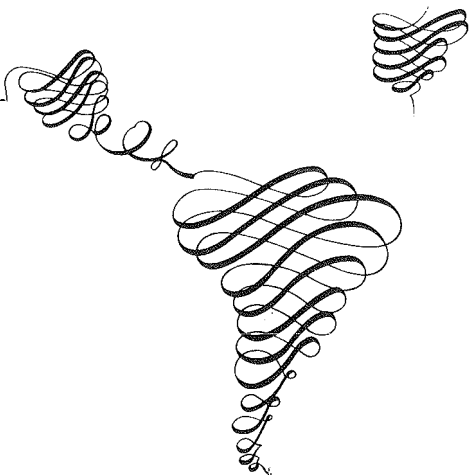




El Cairo: reflexiones pacíficas sobre una Conferencia crispada

EL desarrollo de la Conferencia de El Cairo, celebrada en los primeros días de septiembre, estuvo precedido y rodeado de un ambiente polémico que se había ido calentando desde varios meses antes. En la prensa europea se podían leer títulos como «Cruzada del Papa contra la ONU» o incluso «La ira de Wojtyla contra la ONU».

Las críticas más salientes que la Santa Sede hacía al documento de la ONU se pueden resumir brevemente así: la concepción que en el documento se expresaba sobre la familia (se hablaba de «varios tipos» de familia), el aborto y los métodos de control de natalidad son contrarios en no pocos puntos a la enseñanza católica. La Santa Sede percibía que el aborto peligroso («unsafe abortion») era utilizado para introducir el aborto como un método de planificación familiar. Había en el documento algunos términos, «reproductive rights», «reproductive health» de contornos difusos, que parecían transmitir una concepción de la sexualidad

humana, según la cual cada persona es tan dueña de su propio cuerpo que puede tomar sus propias decisiones sin ulteriores consideraciones.

El choque entre la Santa Sede y un pequeño grupo de países y el resto de los países miembros de la Conferencia ha sido llamativo. Para nosotros, los católicos, debe ser ocasión para reflexionar «hacia dentro». En un clima de fidelidad lúcida a la Iglesia, de aproximación temerosa al enorme problema de la demografía y de examen severo de nuestras afirmaciones y actitudes nos concentramos, con brevedad forzosa, en tres puntos:

1. El aborto

EN la anterior Conferencia sobre Población (México, 1984) se había afirmado expresamente que «el aborto en ningún caso sería promovido como método de planificación familiar». Esta afirmación, fruto de un consenso, no había quedado recogida en el documento preparatorio de la sesión de El Cairo. Se hablaba sólo de «libertad de elección en materias de procreación». La palabra aborto quedaba situada en un contexto de «unsafe abortion» (aborto peligroso). No parecía infundado el temor de que se estuviera abriendo la puerta trasera sin objeción alguna a todo tipo de abortos. Y en este caso al considerar el aborto como un medio más de control de natalidad se estaría pretendiendo defender la vida pero con la muerte. El despropósito habla por sí solo.

La doctrina católica cree en conciencia que debe hacer lo posible por cerrar toda puerta al aborto. A primera vista se tendería a pensar que si las leyes civiles permitiesen el aborto exclusivamente en los casos de peligro para la madre y, por otra parte, se difundiesen ampliamente los diversos métodos de control de natalidad, el aborto sería sólo una salida de emergencia excepcional. La realidad no confirma esas apreciaciones. Hay países, por ejemplo los Estados Unidos, en los que, a pesar de una amplia difusión y publicidad de

varios métodos anticonceptivos, sin embargo, la cifra de abortos reales desborda ampliamente el número de los que serían estrictamente «abortos terapéuticos». Comprometerse sin fisuras en el respeto a la vida, también la no-nacida como es este caso, nos parece una contribución muy positiva de la Iglesia católica a la causa de la humanidad.

Añadiremos, de paso, que la libertad de la persona y la «reproducción sana» (reproductive health) son, desde luego, elementos importantes en la sexualidad humana. Pero nos tememos que una concepción de la sexualidad, pretendidamente aséptica, que sólo tenga en cuenta la libertad y la salud y no la dimensión ética, las responsabilidades y las consecuencias que de los otros actos se sigan, o se engaña porque se banaliza o pretende engañar.

2. El problema demográfico

ENCONTRAMOS aquí tres elementos que, porque son claros y al mismo tiempo se nos van de las manos, producen una estremecida perplejidad.

En primer lugar, el crecimiento demográfico real. En los últimos decenios el crecimiento demográfico se ha disparado hacia arriba. Se calcula que al principio de la era cristiana el mundo estaba habitado por 250 millones de personas. Habrá que esperar hasta 1830 para rebasar la cifra de mil millones.

Ha hecho falta un siglo (1930) para llegar a los dos mil millones. Han bastado sólo 30 años para alcanzar los tres mil (1960). Y actualmente la población se calcula en cinco mil quinientos millones. Una persona que haya nacido en 1950 y que viva hasta el 2030 habrá visto en su vida cómo casi se cuadruplica (3,5) la población mundial. Esto es un acontecimiento absolutamente inédito en la historia.

Pero al mismo tiempo, segundo elemento, hay que recordar que el crecimiento demográfico, hoy y también en épocas pasadas, es una realidad fuera de todo control. Así lo ha puesto de manifiesto la etnología moderna. Intervienen en este control elementos y dispositivos muy diversos. No sólo ni en

primer término prácticas o medicinas directamente abortivas sino también la edad del matrimonio (fijada por leyes), las guerras que separaban temporalmente a muchos varones de sus casas y reducían la población masculina, los prolongados períodos de lactancia, propios de ciertas culturas, y hasta algunos tabúes sexuales.

En este momento las tasas de natalidad, aun siendo muy altas en algunos continentes, están en recesión. En los países del hemisferio Sur, a finales de los años 60 la tasa estaba en 6,1 hijos por mujer. Hoy día, veinticinco años más tarde, está situada en 3,9. Y resulta significativo que medidas políticas directamente restrictivas han tenido a veces, como es el caso de China, efectos contrarios. Resulta por tanto aventurado extrapolar los índices de crecimiento.

*NOS cabe por otra parte la duda, tercer elemento, de si la Iglesia ha llegado a expresar una visión suficientemente completa y matizada del problema demográfico. Junto a la defensa inequívoca de un mejor reparto de los bienes de la tierra entre el hemisferio Norte y el Sur —aspecto éste muy débilmente presente en el largo documento de la conferencia y que, por tanto, no deja de suscitar sospechas— en no pocas manifestaciones de la Iglesia nos parece todavía percibir un cierto «natalismo» indiscriminado. En un reciente coloquio (**Religions et démographies**) curiosamente se ha recordado que las grandes alabanzas al natalismo a finales del XVIII no provienen de la Iglesia sino de pensadores socialistas como Proudhon y Leroux (1797-1871). La Iglesia católica las fue haciendo suyas y entraron en los documentos de los papas. Estas alabanzas quedan recogidas con amplitud en la «Casti connubii» de Pío XI (1930).*

Hoy día, en documentos recientes de la Iglesia o cercanos a la línea jerárquica, se advierten acentos divergentes. Por una parte la Academia Pontificia de Ciencias, en 1991, con ocasión de una semana de estudios sobre recursos y población, publicaba un comunicado en que afirmaba «impensable el hecho que se pueda fomentar una fecundidad superior a dos

hijos por pareja, cifra necesaria para garantizar el relevo generacional. Si esto falla, en pocos siglos las consecuencias demográficas serían terribles hasta llegar al absurdo». En cambio el cardenal López Trujillo, presidente del Consejo Pontificio para la Familia, aunque recordaba la exigencia de una auténtica solidaridad entre las naciones ricas y los países pobres, calificaba la superpoblación del mundo como un mito.

Sería simplista limitarse a reducir drásticamente las cotas de crecimiento demográfico para así hacer disminuir el número de comensales que se sientan a la mesa —es un decir— y puedan tocar a más. Tienen razón quienes critican nuestra insolidaridad del Norte hacia los países del Sur. En declaraciones recientes, el obispo secretario de la Conferencia Episcopal Española señalaba un mal de los países ricos: pretender una «colonización moral» de los países pobres. El buen camino para un adecuado control no es menos nacimientos para que haya menos pobreza sino menos pobreza (y subdesarrollo) y así habrá menos nacimientos.

Con todo y referido a nosotros los católicos, en un problema tan inmanejable y complicado como es el demográfico, creemos que es muy fácil caer en la simplificación, la ideologización o el no reconocimiento del problema. Nos tememos que nosotros los católicos y nuestra Iglesia más de una vez hemos tropezado y caído en esas dificultades.

3. Control de natalidad

EL concepto de «paternidad responsable» ha sido admitido plenamente en la enseñanza de la Iglesia en el Concilio Vaticano II y en la encíclica «*Humanae vitae*». Son los padres quienes deben decidir el número de hijos de la familia. El problema surge no al hablar de principios sino de métodos. La Iglesia, con terminología que no resulta fácilmente comprensible, clasifica los métodos de control en «naturales» y «artificiales».

Nos parece que en la doctrina de la Iglesia sobre cuestiones sexuales en general y procreación en particular se subraya

mucho (hasta ahora exclusivamente) la dimensión personal, pero se presta poca importancia al aspecto social. La sexualidad no es simplemente una dimensión personal. Como se ha escrito, «forma parte de lo social». Cuando habla de cuestiones sociales, la Iglesia matiza y distingue diversos niveles, ofrece criterios para juzgar y orientaciones para la acción («Catecismo», 2423). En cambio cuando se acerca al terreno de lo sexual, parece como si se limitara a repetir con excesiva insistencia principios, normas y calificativos de «lícito» e «ilícito». No se ve tan claro por qué la metodología que se emplea en la cuestión social no es la misma que la de la cuestión sexual y en qué se funda este tratamiento distinto para ambas cuestiones. «La razón de este déficit reside fundamentalmente —escribe el obispo Kamphaus de Limburg/Alemania— en que el magisterio eclesiástico argumenta desde una posición fuertemente orientada por la ética sexual y referida a la persona individual, cuando lo que primariamente haría falta serían directrices de ética social». El problema demográfico no puede ser abordado única ni principalmente a partir de los principios de la moral sexual personal y de la pareja.

FINALMENTE recordaremos que, para el ejercicio de la paternidad responsable, el magisterio de la Iglesia únicamente acepta como válidos los así llamados métodos naturales. Creemos urgente que la enseñanza de la Iglesia subraye de forma mucho más tajante la enorme distancia que separa el aborto de los métodos llamados «artificiales» que, ni de lejos, revisten la gravedad de aquél. La Iglesia jerárquica acepta —y en ese sentido se puede decir que recomienda— los métodos «naturales» de control de natalidad. Es legítimo que lo siga haciendo si en conciencia así lo cree. Pero debe reconocer también, como hace un documento de la Comisión Episcopal «Weltkirche» de la Conferencia Episcopal Alemana (diciembre, 1993), que estos métodos naturales «en muchas circunstancias y por muchas parejas son considerados como una posibilidad no practicable». Y este documento recuerda una doctrina que es la de siempre en la historia de la Iglesia: «Para los cristianos como para todos los hombres

la instancia práctica adecuada sigue siendo aquí en definitiva la conciencia».

NO hace muchos años («Die Zeit», 29-XI-1991) el cardenal Ratzinger afirmaba que «en relación con el problema de la población mundial el magisterio eclesiástico hasta ahora, según yo lo veo, todavía no ha aportado muchos elementos de utilidad». Ignoramos si esta frase seguirá siendo válida después de la Conferencia de

El Cairo. Sobre todos los países miembros recae la responsabilidad del desarrollo del mundo y del desarrollo de la reciente conferencia. En todo caso hay un fruto al que los católicos no debemos renunciar: un exigente examen de conciencia. Para saber si estamos donde debemos y con los que debemos estar.